



Traducido por Lucie de la Tour

Montado por scnyc para <http://audiowho.gonebe.com/> Próximamente versión completa de la novela.

Portada por John Smith

Esto forma parte de la novelización del serial The Dalek's Master Plan, la primera parte ya está traducida, que corresponden a los 6 primeros episodios.

La pesadilla continua

Sara Kingdom se despertó con un grito, inclinándose sobre su cama.

Por unos segundos, no recordaba dónde se hallaba. Su corazón latía con furia, y aún estaba conmocionada de su pesadilla. Poco a poco, mientras se acurrucaba en su manta, la habitación volvía a tener sentido para ella. Cerca de su cama estaba la mesita decorada con la lámpara de Tiffany. Recientemente, había vuelto a la infancia y vio que no podía dormir en la oscuridad por más tiempo. Las pesadillas parecían agruparse a su alrededor, y no podía enfrentarse a eso.

Era su antigua y familiar habitación en la TARDIS, la que había ocupado desde hacía varios meses, aunque en este espacio errático ambulante la máquina del tiempo -espacio medía el paso del tiempo de forma incierta y subjetiva. Sin embargo, esta habitación era la cosa más cercana a una casa que conocía y que tenía desde su infancia, cuando ella y Bret tenían...

Se quedó con esa línea de pensamiento, intentando no llevar copias de las memorias de su fallecido hermano, o de las recurrentes pesadillas. Sabía que ahora no volvería a dormir, por lo que se levantó y duchó. Sintióse un poco mejor, después de esto, hizo una pausa para seleccionar su ropa. A pesar del gran armario que El Doctor había encontrado para ella en uno de sus enormes vestidores, se vistió con su inevitable traje negro que había usado cuando conoció al Doctor y Steven. El emblema del Servicio de Seguridad Especial estaba estampado en los hombros y se sentía mejor llevando el viejo y familiar uniforme de las SSS.

Tanto el Doctor como Steven habían dejado de tratar de convencerla hacía tiempo sobre que se vistiese con otra cosa.

Salió de su habitación y caminó, casi en silencio, por los pasillos de la TARDIS. Sus años de formación como agente los tenía muy habituados en su sistema. Se movía como un fantasma a través de los pasillos desiertos, de vuelta a la zona principal de la nave. Se detuvo en la pequeña alcoba donde había una máquina de comida suficiente para ella y una humeante taza de café. Luego se trasladó a la sala de control.

Como siempre, El Doctor se inclinó sobre los controles, cuidándolos, cacareando una leve irritación cuando no mostraba ninguna desviación en lo que él creía leer. Era irónico, realmente, porque no tenía idea de cómo controlar la nave una vez estaba en vuelo. El Doctor no se había molestado en sentar la cabeza sobre aprender y manejar su máquina, alegando que prefería la vida de un ocioso vagabundo. Ella se preguntaba, a menudo, de la verdadera razón para ello o si no había más. El Doctor dejó escapar información sobre sí mismo como pocas veces pudo. Su pasado era, prácticamente, un uniforme vacío hacia Sara y Steven Taylor, el otro miembro de la tropa TARDIS.

El Doctor tenía pocos motivos para criticar continuamente sobre el uso de su equipo, pensó Sara para sí. Iba vestido con un pantalón a cuadros, levita y la camisa que siempre llevaba con la corbata anudada al cuello tan irregular como nunca. Su larga capa y bastón gris estaban en el perchero de la puerta de salida, junto a su pañuelo de seda y el sombrero peludo, en caso de ser necesarios.

Levantó la vista de la consola, y sus pensamientos restaron olvidados cuando la vio entrar por la puerta. Su edad, característica del paso del tiempo, arrugaba una simpática e

intemporal sonrisa. — Up, ¿temprano?

Ella asintió con la cabeza y se unió a él en centro de control con forma de hongo.
-No podía dormir-dijo ella, sorbiendo el humeante café.

— ¿Otra vez los sueños?— preguntó bruscamente.

— Son siempre los sueños-suspiró ella— No puedo pararlos. Sigo viendo morir a Bret, una y otra vez. Sigo viéndome a mi misma disparándolo sin piedad.

El Doctor le puso la mano de forma gentil en el hombro. — Mi niña, en realidad solo debes aceptar que lo pasado, pasado está. Cuando disparaste a Bret, estabas convencida que era un traidor a todo lo que tenías en gran estima. No puedes saber que no fue así. Mavic Chen, el Guardián del Sistema Solar, el hombre de mayor confianza de los planetas, tenía cuenta de ello. No había manera de saber que fue Chen quien trabajó con los Daleks, y no tu hermano.

— Me gustaría creer eso-suspiró Sara— ¡Pero debería haberlo sabido! Bret era mi hermano, y debería haber sabido que él nunca fue un traidor.

El Doctor meneó su cabeza.— Querida, no es tan simple. Hombres mejores que Bret han sido corrompidos por alguna debilidad oculta en sus almas. Puso ser que Bret fuera el traidor. Tú solo hiciste lo que debías hacer. La culpa no es tuya; sino de Chen. Él es el culpable, no tu.

Sara negó con la cabeza — Haces que suene tan simple, como si yo solo...solo fuese una herramienta que se usó para hacer la matanza.

— Y eso es, precisamente, lo que eras, con todos los intentos y fines.— Los ojos del Doctor brillaban con ira— Habías sido entrenada durante años, habías sido afilada, pulida y luego empleada como una herramienta diseñada. Las SSS se desarrollaron en ti. Este es el resultado final de ese tipo de formación; la consciencia es borrosa y todo lo que se os dice de hacer se convierte en lo que hay que hacer. Estas organizaciones son poderosas para un gran mal o un gran bien, pero la gente que trabaja para ellos, inevitablemente, se vuelven menos y menos humanos. Es irónico que los guardianes de la libertad y del liberalismo sean los primeros en perder su libertad y liberalismo, ¿no es así?

— Estás tratando de hacer que parezca que no tenía otra elección que la que tomé matando a Bret.

— No creo que puedas dejar de hacerlo— dijo El Doctor amablemente.— Habías sido entrenada para obedecer e hiciste lo que se te ordenó. Pero, y esto es lo que vi en tu gracia, cuando viste lo que habías hecho, empezaste a cuestionarte. Y te redescubriste a ti misma, escondida detrás de las barreras de la super agente que habías sido formada. Puedo decir con seguridad que con mi ayuda e influencia te has convertido en un ser humano productivo y bueno. La persona que mató a Bret Vyon era la vieja Sara Kingdom, la herramienta de Mavic Chen. Tú, querida, eres la nueva y mejor Sara Kingdom, un ser humano.

A su pesar, Sara casi sonrió ante eso.— Me gustaría creer eso.

— Entonces inténtalo— miró a lo lejos— Mavic Chen es el que deber ser castigado, hija, no tú misma. Planeó traicionar a la raza humana con sus muertes. Se vendió a los Daleks por poder y condujo a mucha buena gente a la muerte.

Sara sintió un estallido de ira en su corazón que iba dirigida al traidor supremo.-¡Si

tan solo tuviese la certeza de que obtuvo la muerte que se merecía!

— Ten por seguro que la tuvo.— El Doctor volvió su atención a Sara.— Hizo una alianza con los Daleks, y tan pronto como descubrieron sus necesidades más lejanas, se vieron obligados a matarlo.

— ¡Quisiera estar segura de ello!— exclamó Sara.— Si tan solo pudiese volver y descubrir qué pasó antes de que abandonáramos a Chen y los Daleks con ese falso núcleo Taranium.

El Doctor le palmeó en el hombro.— A menudo me he sentido así, ya lo sabes. Por ver lo que sucedía. Solo por coger otra pequeña cosa... ¡pero no puede ser!

— Solo quiero estar segura de que tuvo un final feliz— respondió Sara.— Saber que todos los sacrificios valieron la pena.

El Doctor sonrió, un poco triste.— Si a un anciano se le permite citar, te daré un poco de Peter Beagle: “No hay finales felices, pues nada finaliza nunca”. Así que si viste que los Daleks mataron a Chen, entonces querrás encontrar otras cosas y luego otras cosas. No habrá finales, todo continua creciendo y progresando. Una de las razones por las que nunca llegué a controlar mi vieja nave fue para prevenirme a mi mismo de caer en tu misma trampa, esperando a ver finales felices.

Se apartó de ella y se quedó mirando al espacio de nuevo.— Es muy tentador, ya lo sabes. A menudo me pregunto qué pasó con la gente conocí, especialmente aquellos que viajaron conmigo en uno u otro momento. Mi nieta, Susan; la dejé para casarse en la Tierra del siglo XXI. A menudo me pregunto qué fue de su vida. Era justo lo que hice cuándo la dejé, ¿um? ¡O Ian y Barbara! Oh, ellos eran un par de problemáticos, ya sabes, ¡cuando nos conocimos por primera vez! Irrumpieron en mi nave y me obligaron a llevarles. Pero, con el tiempo, nos unimos y yo me entristecí al verlos partir. Me gusta imaginar que llegaron a casa y se casaron, y tuvieron un montón de niños ruidosos. Sería terriblemente tentador caer, si tuviese ese poder. O...

Se interrumpió, bruscamente, volviendo al presente.— Ya ves— dijo un tanto brusco.

— Si pudiese controlar la TRADIS, estaría siempre metiendo la nariz en los asuntos de otros y es mejor dejarles vivir su propia vida. Deberías tratar de hacer lo mismo.

Sara asintió con la cabeza.— Dejar que el pasado muerto entierre a sus muertos— añadió.

— Precisamente — asintió El Doctor— O, en tu caso, los futuros muertos. Todas las horas son pasado en esta curiosa vida nuestra, a menos que entremos en una época, para bien o para mal.

— ¿No es un poco temprano para la filosofía?— preguntó Steven desde la puerta. Todavía estaba desperezándose y bostezando, y su pelo no estaba correctamente peinado.

— ¡Ha! — dijo El Doctor volviéndose a él.— Todas las horas del día son un poco temprano para ti. Pensé que estabas hibernando.

— Eso es porque tú lo puedes hacer sin dormir— comenzó Steven, pero se detuvo cuando el rotor del tiempo en el centro del panel comenzó a disminuir y emitir sonidos profundos y rugientes que procedían de la materialización. — ¡Vamos a aterrizar! — exclamó.

— Muy perceptivo por tu parte— dijo El Doctor, empujándolo a un lado, y apagando

la TARDIS. A medida que el rotor se desaceleraba fue cayendo hasta obtener la posición de reposo. El ruido se apagó. Por último, solo el zumbido de fondo de la TARDIS era evidente. El Doctor examinó sus instrumentos, encendió varios conmutadores, y se entretuvo.

— ¿Y bien? — solicitó finalmente Steve.

— ¿Ummm?— El Doctor miró hacia arriba.— Oh, hemos aterrizado, todo bien. Pero de acuerdo con mis instrumentos, ¡la atmósfera que hay fuera de la nave es muy venenosa!

El festín de Steven

-¿Venenosa?-repitieron al unísono Sara y Steven.

-Mucho-agregó El Doctor, alegremente.-Oh, realmente letal, pero puede ser muy malo para ti, imagino. Es contaminación, humo y suciedad, partículas de sustancias químicas en el aire.-hizo una pausa, pensativo.-Sabes, he visto estas lecturas antes, si tan solo pudiese recordar...

-Bien, ¿porqué no echamos un vistazo afuera con el escáner?-sugirió Steven prácticamente.

-Estaba a punto de hacerlo-replicó El Doctor de nuevo con irritación. Trabajó con el control adecuado, y se veía todo en la pantalla que colgaba del techo. Se mantuvo, obstinado, en blanco. Cacareando para si mismo, El Doctor volvió de nuevo a los controles, sin mejor suerte.-¡Dios mío, esto no parece que esté funcionando! ¿Qué puede estar mal esta vez? -se arrastró hacia su localizador de fallos. Era una parte del panel de los ordenadores que controlaban constantemente la TARDIS contra los patrones prescritos en ella. El Doctor comenzó a escanear el sistema de control para aislar el problema.

Tras unos segundos, una serie de números aparecieron en la pantalla. El Doctor se puso sus gafas a la mitad para mirarlos. -Circuito Chameleon.-murmuró.-Coordinación de la ruta del Tiempo, ah, aquí estamos, elemento escaneado K17.

El hecho de que otros muchos items mostraran un mal funcionamiento no tranquilizó mucho a Sara, pero el escáner era lo más importante.-¿Es difícil arreglarlo?

-¿Mmm?-El Doctor miró a su alrededor-Oh, no, no, no del todo. Solo es una pequeña placa del circuito. Tengo un repuesto por ahí, lo se. Probablemente, la contaminación llegó a ella. Solo necesita ser encasillada en su lugar.

-Oh, bien, es fácil- dijo Steven, alegremente.-Solo un hueco, entonces.-De repente, se dio cuenta de que El Doctor buscaba con preocupación.-Pero ¿cuál es el problema?

El anciano levantó una ceja, pensativo.-Debe de ser adecuado en el exterior...-Los tres miraron hacia la puerta-más allá de que se extienda..¿qué?

-¿No podemos salir? -preguntó Steven.

-¿Y qué hacemos si en las tierras de otro mundo tenemos lecturas ambiguas, eh? -le preguntó El Doctor.

-No, me temo que lo único que podemos hacer es aventurarnos afuera para reparar el escaner-. Cruzó la habitación a uno de los medallones que formaban el patrón de la pared. Lo abrió y miró dentro. Después de un segundo, fuera de la maraña de circuitos internos, se retiró triunfante. -¡Solo la parte!- sus ojos se movieron, de nuevo, hacia la puerta.-Ojalá pudiese recordar lo que significaban las lecturas. Sé que me resultan familiar...

El Doctor no estaba equivocado sobre la familiaridad de las lecturas de sus instrumentos: la contaminación atmosférica pertenecía a un planeta que conocía muy bien. De hecho, había sido varado al planeta que conocía muy bien. De hecho, había sido varado a un mundo donde varios meses después de un catastrófico funcionamiento se había obligado a reconstruir parte de la consola principal. Fue cuando él y su nieta seguían viajando juntos y se había visto obligado a pasar un período prolongado en el planeta.

Era la tierra.

Más precisamente, era Liverpool, a finales de 1965. La contaminación venía de la niebla espesa británica, deslizándose en silencio sobre la faz de Mersey. Era temprano, y el tiempo pasaba muy deprisa. Una luz pulverizada de nieve que había caído antes, había quitado el polvo a las calles sucias y las había hecho casi bonitas. La gente se escabullía alrededor, envuelta para protegerse del frío y tratando de mostrar rápidamente una sonrisa alegre. Después de todo, era el día de Navidad y la temporada de la buena voluntad y todo eso.

La TARDIS estaba en un pequeño patio, detrás de un robusto edificio cuyos ladrillos habían sido rojos. Ahora estaban ennegrecidos, salvo por el parche de nieve.

Por encima de la puerta que daba al patio había un antiguo farol con luz azul. Cada uno de los paneles tenía la palabra "Policía" grabada para alertar al público en caso de que hubiese necesidad de los servicios de un Bobby.

Hubo silencio por un momento, y luego el sonido de motor de un automóvil, como el de un coche de policía. Los faros cruzaron la TARDIS, pero murió, como el conductor, obviamente ajeno a la extraña visión. Él y su compañero estaban demasiado ocupados tratando de armonizar el verso final de "El buen rey Wenceslao" en una cabina de policía en el patio. Satisfechos con sus esfuerzos, los dos hombres se sonrieron el uno al otro.

-Hermoso-dijo PC Welland, suspirando-. Simplemente hermoso. Podemos escuchar el canto de las aves en los árboles.

-Si-Contestó PC Blessed-. Me hubiese gustado embrujar a los pájaros fuera de las cafeterías.

En ese momento, el sargento de guardia asomó la cabeza por la puerta de atrás en busca de la fuente de los maullidos a los que había sido sometido. Mientras miraba a su alrededor, sus ojos se posaron en la TARDIS.- ¿Pero qué...? – comenzó- ¿Quién ha puesto eso ahí?

Welland y Blessed salieron fuera del coche y al fin vieron la nueva cabina de policía en el patio.- ¿De dónde vino, Sargento? –preguntó Welland.

-No lo sé –replicó el Sargento Ellis-. ¿Por qué me lo preguntas? Supuse que sabrías qué pasa por aquí.

-Bueno –sonrió Blessed- las cabinas de policía no aparecen de la nada.

-Por lo que yo sé –contestó el Sargento- esta misma bien podría haberlo hecho.

-Tal vez alguien la envió al inspector-sugirió Blessed- ¡cómo una caja de Navidad! Se rió de buena gana ante su propia broma.

La del sargento fue menos divertida.-Quizá quieras quedarte aquí y verlo.

-¿Por qué? –preguntó Welland, molesto-. Hace frío aquí fuera y él quería una taza

de té. ¿Crees que va a volar lejos?

-Solo quédate aquí y mantén los ojos abiertos. ¿Vale? – El Sargento les miró y luego volvió a entrar.

Welland se encogió de hombros y comenzó a mover sus pies para mantenerlos calientes. -¿Qué hacemos ahora?

Blessed sonrió de nuevo.- ¿Qué tal unos versos de “While Shepards Watched”...? – sugirió.

Steven volvía a estar en uno de sus estados de ánimos argumentativos siempre que sacara lo peor del Doctor.- ¿Y por qué si no es seguro para nosotros, es seguro para ti y vas afuera? –preguntó.

-Ah, ¿qué dos cosas no entiendes? –replicó El Doctor de espaldas. Se había puesto su abrigo largo y se lo ataba. Comenzó a enrollar la bufanda alrededor de su cuello.

- Por amor de Dios –espetó Sara- vamos a salir a la calle y reparar el escáner.

-¡No! – exclamó El Doctor. Se puso el sombrero peludo y se guardó la placa del circuito. – De dónde venís tú y Steven, el aire es puro. ¡Tras las puertas, el aire posee la peor clase de contaminación que he encontrado! Las petroquímicas están, en parte, quemadas, las partículas en suspensión...

-Entonces no deberías ir por ahí, creo –dijo Steven tratando de ser razonable.

-Mi querido muchacho – respondió El Doctor con paciencia-. Yo estoy acostumbrado a todo tipo de atmósferas. No me afectará. Voy a salir ahí y efectuaré las reparaciones yo mismo.

-¿Y si te pasa algo?-preguntó Sara con preocupación.

-Entonces, ¡y solo entonces! podrás salir-agregó El Doctor-. Pero hay que tener mucho, mucho cuidado.

-¿Y cómo se supone que vamos a saber que te ha pasado algo?-preguntó Steven sarcástico-. El escáner se ha roto, por lo que no podemos ver lo de fuera.

Como de costumbre, cuando no tuvo respuesta, El Doctor recurrió a la intimidación.- Solo dame un par de minutos y volveré a dentro de nuevo.

-¿Y si no estás?-insistió Steven- ¿Cómo salimos afuera y te buscamos?

-Ahora, mira aquí, hijo mío, harás lo que se te diga.

El Doctor hizo un gesto hacia la consola de la TARDIS. –Ahora, solo abre las puertas, y ciérralas inmediatamente después de haberme ido. ¡Inmediatamente!

Con ceño fruncido, Steven hizo lo que le fue mandado. El Doctor se acercó a las puertas y asomó la cabeza por la TARDIS. Lo primero que vio fue la nieve en el suelo. Lo segundo era un policía alto mirándole incrédulamente. –Buenas noches- dijo El Doctor, cortésmente.

-Noches, señor – respondió Blessed, automáticamente. Luego parpadeó cuando la puerta se cerró de nuevo. Probó para sí mismo, pero estaba cerrada.- Oye –le dijo a su compañero.

-¿Qué? –preguntó Welland.

- ¿Viste eso?

Welland miró a su alrededor.- ¿Ver el qué?

Blessed señaló la puerta. – Eso.

-¿El qué?

- Esa puerta.

Welland examinó la puerta de cerca. Obviamente estaba bloqueada. - ¿Ah, sí?

-Se abrió.

-¿Lo hizo?

-Si- .Blessed volvió a tirar de la puerta de nuevo, pero no cedía.

-Hay alguien ahí.

-Oh, ¿sí?

-Vi su cabeza.

-¿Lo hiciste?

-Si.

-Oh-.Welland miró a la puerta que se mantenía, obstinadamente, cerrada.-Pues vale.

El Doctor estaba tratando de explicarle el problema a Sara.

-Policía- repitió- P-O-L-I-C-Í-A- deletreaba.

-Oh, ya veo- dijo Sara confundiendo sus esfuerzos-. Hemos aterrizado en tu propio planeta.

-¿Qué? Tonterías, querida niña, estamos de vuelta a la Tierra.

-Entonces, ¿por qué no puedo salir a fuera? –preguntó ella.

El Doctor había olvidado las anteriores advertencias sobre sus dos compañeros al salir. ¡Ahora recordaba lo que esas lecturas eran! Había pasado seis largos y duros meses reparando la TARDIS en ese depósito de chatarra en Totters Lane, y ahora Sara y Steven podían sobrevivir en esa atmósfera casi indefinidamente. No había otra cosa rondando en su memoria, pensó. – Ese olor...

-Sí, lo olí cuando te fuiste de nuevo- agregó Sara, arrugando la nariz.- Petróleo, de lo más desagradable.

El Doctor la miró disgustado.- Eso, querida niña, ¡es el cálido y acogedor olor del pescado frito con patatas! Ah, qué recuerdos...

Sara miró a Steven que se encogió de hombros. El Doctor lo captó, y sonrió, acariciando suavemente a ambos.

-Por supuesto, vosotros dos no lo conocéis. En la Inglaterra del siglo XX, era como la ambrosía, ¡el alimento de los dioses! Un buen trozo crujiente, dorado y dos manojos de

patatas fritas... ¡divino!- Se le hacía la boca agua con solo pensarlo-. Caliente, patatas grasientas, una pizca de sal, un chorrito de vinagre...periódico del Domingo pasado...- Arrastró su mente al presente-¡Esas cosas traen recuerdos! Ahora, voy a tener que salir a la calle y tratar de distraer a esos policías. Tal vez les ofrezcamos algunas patatas.

Le entregó a Steven el circuito del escáner. – Espera aquí un minuto, luego ven a fuera y fija el escáner.

Steven no lo veía tan claro.- Creía que dijiste que el aire de fuera era tan malo que...

-No importa lo que dije- dijo El Doctor, irritado-. ¡Tú haz lo que te dije! Ahora, abre las puertas, y ciérralas cuando me haya ido.

-¡Si, señor! –dijo Steven con sarcasmo, saludándolo con crispación, y haciendo lo que le decían. El Doctor desapareció tras las puertas.

Sara miró a Steven con un poco de preocupación. -¿Cuánto tiempo vivió El Doctor en el siglo XX?

-Oh, de manera intermitente durante varios años, supongo.

-¿Ese pescado frito con patatas? –Preguntó Sara-¿Quizá sea un hábito? ¿Tal vez una adicción?

Steven consideró la posibilidad.-Podría explicar algunos detalles acerca de la conducta del Doctor en que...No entiendo a esa gente y cómo puede El Doctor disfrutar de ellos aquí. Comían todo tipo de cosas terribles.

-Lo sé-admitió Sara con fervor-. Especialmente en el invierno. Leí sobre ellos en la escuela. Pudding y aves y cosas que llaman pasteles de carne...- se estremeció- Todo suena repugnante. Las máquinas de alimentos son mucho mejor.

- Sí-contestó Steven-¡Y perfectamente cocinado todo el tiempo!

-Sin quemar petróleo-finalizó Sara.

El Doctor examinó a su alrededor, y, al no haber rastro de los policías, salió de la TARDIS. Cuando las puertas se cerraron tras él, Welland y Blessed le saltaron encima.

Habían estado esperando al otro lado de la TARDIS surgir a su misterioso intruso.

-¡Le tengo!-exclamó Blessed, haciendo hincapié a sus palabras.

-Vamos, pues- añadió Welland- Es un buen policía.

Con más aplomo del que pudo, El Doctor respondió:- Buenas tardes, caballeros. ¿Puedo ayudarles en algo?

Los dos policías miraron por encima a su captivo y abrieron los ojos cuando cogieron su largo y plateado cabello, ropajes extraños y larga capa. Blessed parpadeó varias veces.

Finalmente, dijo: -¿Eres un poco mayor para vestirme como un cantante de pop, no?

-¿Me disculpa?

Blessed gesticuló con su mano. –Es divertida tu vestimenta, y tu pelo largo.

El Doctor lo miró con desprecio.- No tengo ni la más remota idea de lo que estás balbuceando. Ahora, si me perdonas... - Trató de deslizarse de sus manos, pero las

cuatro manos le apretaron más en su lugar.

-Espera-dijo Welland. ¿Qué estabas haciendo en esa cabina de policía?

- ¿Y de dónde la sacaste? –Añadió Blessed con guiño confidencial en voz baja.-Ya basta, ¿no?

El Doctor le miró como si fuese un maestro jardinero y habían sido terriblemente ignorantes.

-Señores, no espero que entendáis lo que os voy a decir, pero no es una cabina de policía.

Welland asintió, comprendiendo.-Por supuesto que no. Es el bus número 49.

Ofreciéndole una mirada de disgusto, El Doctor terminó: -Es una máquina construida para investigar el tiempo y dimensión relativa en el espacio.

Los dos policías se miraron uno al otro con total certeza.-Es un loco –sentenció Blessed.

-Escapó de la granja feliz, no debería sorprendernos –agregó Welland.

Al Doctor no le gustaba la dirección que esa conversación estaba tomando. Trató de dirigir su estatura y una mirada furiosa a ambos, pero el esfuerzo no valió demasiado la pena.

-¡Señor! -exclamó-¿Está insinuando que soy un demente?

-Te lo dije -dijo Blessed- es un loco. Empezó a arrastrar al Doctor hacia la puerta de la estación.

-Tengamos cuidado con él-advirtió Welland-.Se pueden volver muy desagradables cuando están chiflados.-El Doctor haría todo lo posible para que esas palabras se hicieran realidad.

El Sargento Ellis nunca estaba seguro si le gustaban o no la Navidad. La mayoría de los grandes criminales tendían a tomarse el tiempo libre para estar en casa con sus familiares y quien no preguntara con cuidado sobre los regalos de vino en el departamento podría pasar a tener demasiados recibos. El negocio, como resultado, era generalmente tranquilo en la estación y podía tener tazas de café extras y, tal vez, un pastel de carne picada caliente, o dos, antes de volver a casa.

Por desgracia, la Navidad tendía a poner de manifiesto a los chiflados de la carpintería y pensaba en sus puertas. Tal vez eran los espíritus de la Navidad o tal vez era, simplemente, que no sabía alegrarse en un caso más urgente y deshacerse de ello.

Ellis levantó la vista cuando un hombre entró por la puerta principal de la estación. Iba vestido con una gabardina larga, de la que se sacudió la nieve por todo el suelo. A los de la limpieza no les gustaría nada. El hombre llevaba la palabra “loco” escrito en él, comenzó a pisar con fuerza hasta el escritorio y miró a Ellis. Suspirando interiormente, el Sargento miró al hombre.-¿Qué puedo hacer por usted?

-Tengo una queja-dijo el hombre, delgado como un palillo. Olfateó y comenzó a buscar en sus bolsillos un pañuelo.

-Bueno, señor, el doctor está al girar la esquina, y...

El hombre encontró un trozo bastante sucio de tela y procedió a sonarse la nariz con fuerza. Luego continuó: -No. Quiero decir, que deseo hacer una denuncia.

-Ah, ya veo-. Ellis metió la mano bajo el mostrador y sacó el formulario de quejas. Buscó alrededor su pluma, pero no había rastro de dónde la había dejado. ¡Típico! A algunas personas del lugar no harían mella en nada, incluso en Navidad. Buscó en el otro bolsillo.

-Deme su nombre, entonces.

-Ellos están *movien mi asa*-respondió el hombre.

El Sargento tomó una respiración profunda y contó hasta diez.

-Ellos siguen moviendo el qué.

-Mi *asa*

-¿Tu casa?-. Repitió Ellis. Uno que le falta una tuerca, estupendo.

El hombre negó con la cabeza-. Me *envernadero* -explicó-. Son los rebeldes.

-¿Los rebeldes? - volvió a repetir Ellis totalmente perdido.

En ese instante la puerta se abrió con Blessed y Welland arrastrando a un anciano que luchaba por liberarse.

-¿Alguien en CID, Sargento? -jadeó Welland.

-Sí, en línea recta.

Cuando el trío luchador pasó por el escritorio, El Doctor se detuvo y miró fijamente al hombre que formulaba la queja.-¿No te he visto antes? -preguntó bruscamente. Antes de que el hombre lo negara, El Doctor sonrió triunfante.-¡Sí, por supuesto, ahora me acuerdo! ¡En el zoco de Jaffa!

Las cosas empeoraban.-¿Jaffa? -repitió Ellis- ¿Porqué siempre me ocurren estas cosas a mí?

-El chaval me dijo que deseaba venir a verte -continuaba el hombre ignorando al Doctor.

-¿Tú qué? - preguntó Ellis sin comprender.

-Sobre mi *invernadero* -dijo el hombre-. Son los rebeldes.

Ellis cerró los ojos y deseó que todo acabara. Cuando los abrió de nuevo, al menos, una parte de ellos partían. Welland y Blessed se llevaban al anciano a la puerta de la oficina del inspector Windsor. Ellis volvió los ojos hacia el hombre de la gabardina-. Ahora, Señor, -le preguntó-¿a qué rebeldes se refiere?

El inspector Windsor había estado en la fuerza durante treinta años. Parecía un basset hound destartado, con ojeras profundas y rostro caído. Pensaba que lo había escuchado todo en esos treinta años, pero se dio cuenta que estaba gravemente equivocado con esa suposición una vez oído el informe de Welland y Blessed. Finalmente, asintió con la cabeza y se volvió hacia el anciano.

-Mira, ya se que hay escasez de viviendas pero no me creo que sea tan malo que

pases la navidades en una cabina de policía.

El Doctor sonrió como si hubiese hecho un gran descubrimiento.

-¡Navidades! ¡Sí, sí, sí, por supuesto! ¡Eso explica la felicidad en la sala!

-¿Quiere decir que no lo sabía? -preguntó Windsor asombrado.

-Por supuesto que no lo sabía-respondió El Doctor ofreciéndole una mirada fulminante-. Viajo demasiado.

Esto despertó la curiosidad del inspector. -Oh, ¿y eso por qué?

-La sed de conocimiento, querido amigo-explicó El Doctor con una sonrisa-. Ustedes tienen un dicho en este país, o no, ¿sobre que el viaje abre la mente? -Estaba seguro que estaba en el siglo correcto para esa expresión.

-¿Este país? -repitió Windsor-¿Quieres decir que no eres inglés?

-¡Dios mío, no! -El Doctor le miró ofendido.

-¿Escocés? - Windsor sabía que los escoceses podrían ser arrogantes si se les tomaba por ingleses a veces. El anciano sacudió la cabeza. -¿Galés?

El Doctor agitó su mano hacia la pared.-Tendrás que pensar más lejos que eso. Tus ideas son demasiado estrechas, demasiado pequeñas, demasiado...-trató de buscar la palabra adecuada-¡demasiado parroquiales!

¡Uno de ese tipo! Suspiró Windsor.- Está bien, está bien, ¿qué eres entonces?

El Doctor clavó la pose volviendo su noble perfil izquierdo hacia el policía.-Bien, supongo que podría decirse que soy un ciudadano del universo, y un caballero.

Blessed miró al inspector con simpatía.-Está tomándonos el pelo, ¿verdad señor? -Windsor deseó saber la respuesta a eso.

Steven tenía decidido improvisar el plan del Doctor después de asomarse fuera de la TARDIS y haber visto a los dos policías agrediendo al Doctor en la estación de policía.

Desapareció en uno de los vestidores de la TARDIS y surgió poco después con un uniforme de policía terminando el trabajo de abrocharse el abrigo y colocándose el casco.

-¿Cómo me veo?-preguntó con descaro.

-Muy tonto-.Sara negó con la cabeza.-¿Y si El Doctor está bien? No le gustará tu intervención.

Steven rió con burla.-Sé que El Doctor ha ideado algunos planes muy raros en su tiempo pero dudo si incluía ser llevado a la estación de policía como método de distraer la atención de la TARDIS. Voy a ver si puedo ayudarlo y tú acabaras de reparar el escáner. Además-añadió-eres más mecánica que yo y probablemente meta la pata en la reparación.

-También es probable que metas la pata en el recate-. Sara dejó caer su mano en la culata de la pistola que siempre llevaba pese a la desaprobación del Doctor.-Yo podría salir ahí más rápido.

-Estoy seguro que puedes-admitió Steven.-Pero al Doctor no le gusta matar,

¿recuerdas? Yo puedo ser un poco más sutil al respecto.

Sara no estaba segura de eso pero sabía que el bichito de la acción había mordido a Steven y estaba decidido a tirar adelante con su plan. -Oh, está bien-. Ella le siguió afuera de la TARDIS y le vio lanzarse con entusiasmo hacia la nieve de la puerta trasera. Luego volvió su atención al mecanismo del escáner de la TARDIS. Estaba en lo alto de la TARDIS, bajo la palpitante luz azulada. No había manera de llegar desde dónde estaba, así que desvaneció de nuevo adentro de la TARDIS en busca de algo para subir.

*

-Y ahora que se ha ido y se ha mudado de nuevo –dijo el hombre, petulante.

-¿Oh? –se preguntó el Sargento Ellis- ¿A dónde esta vez?

- ¡No lo sé! –exclamó el hombre-¡Por eso he venido a verle!

Otra figura entró en la estación y el sargento se giró a ella, ávido a cualquier excusa para terminar.-Discúlpeme un minuto-le dijo al hombre.

Steven miró a su alrededor. La habitación parecía primitiva, pero muy acogedora. Tarjetas navideñas y adornos decoraban el lugar, y un pequeño banco recorría todo el largo de la pared, debajo los posters ensalzados de criminales y ofreciendo recompensas por información. Un agradable olor a té impregnaba el aire, junto con otros olores que Steven no supo identificar. Pronto se dio cuenta que el sargento se acercaba a él.

Ellis sonrió. – ¿Usted debe ser el tío nuevo de la División G que viene a echarnos una mano mientras estamos cortos?

-¿Le ruego me disculpe?

El sargento frunció el ceño ligeramente.-Pensé que debía ser el nuevo refuerzo de la División G-repitió.

Steven se dio cuenta que había tenido suerte con los oficiales esperando ser un reemplazo temporal.-Oh, sí, eso es-agregó apresuradamente, tratando de copiar el extraño acento del sargento.

-Vengo a por el viejo.

-¿Qué viejo? –preguntó Ellis, perplejo, por el extraño acento del joven. Sonaba como una versión mala de actor del Norte del país.

El hombre de la gabardina le tiró de la manga.-El que se fue como ere un minuto –se ofreció, amablemente.

-Oh, él. Está con CID-dijo a Steven- Será mejor que espere a que haya terminado con él.

Steven no tenía ni idea de lo que era CID, pero sus viajes que hizo con los grupos oficiales tendían a ser muy ruidosos, y sabía que las malas preguntas no gustaban al Doctor.- Oh, ¡no! –Exclamó- Tengo que llegar a él.

-Bueno, tendrás que esperar, muchacho-dijo Ellis con firmeza poniendo una mano

en su hombro y guiándole hacia el banco.

-Volverá de nuevo muy pronto. Solo espera aquí.

Steven vio que las nuevas protestas podían conllevar a sospechas y hostilidades por lo que decidió que era mejor hacer lo que se decía. Humildemente, se sentó en el banco y esperó a que El Doctor saliese en breve.

-¿Qué pasa con mi *hevernadero*? –le dijo el hombre a Ellis.

Arrastrándose mentalmente, de nuevo, al formulario de memoria, el sargento asintió con cansancio.-Oh, sí, señor. Ahora, ¿dónde está lo que dice?

-Bien, para empezar, ¡no está en mi jardín!

El Inspector Windsor había conseguido, finalmente, que El Doctor tomara asiento y luego señaló a los dos agentes que tenía al lado. -¿Era el único que estaba allí?-preguntó en voz baja.

Welland y Blessed se miraron perplejos. Al fin, Welland se encogió de hombros - ¿Cómo voy a saberlo, Señor?

¿Qué tipo de fuerza de policía había hoy día? Windsor siempre se quejaba de las reducidas normas. -¿Bueno, no te registras? –preguntó- Podría haber un ejército entre ellos, viviendo en una de esas majestuosas cabinas de policía como muchos gitanos.

Blessed sacudió su cabeza con asombro -¿Cuánta gente crees que podría caber en una de ellas? –preguntó.

Windsor no tenía respuesta para eso, pero hizo una señal a Welland. –Vamos afuera a echar un vistazo a esa cabina. Si alguien sale agárralo y empapélalo

Sara salió de la TARDIS con una escalera plegable y con un pesado abrigo de piel. Hacía más frío de lo que esperaba desde de la última vez que había salido. Cerró las puertas con la llave de repuesto y, acto seguido, puso la escalera cerca de la puerta de atrás. Antes de subir y terminar las reparaciones, apareció de nuevo por la parte delantera. -¿A dónde han ido? –se preguntó para sí misma. La puerta se abrió, pero sus esperanzas se desvanecieron cuando apareció un policía de aspecto corpulento.

Welland se detuvo al ver a una bonita joven con un costoso abrigo de piel en la cabina de policía. –Hola, hola –dijo formalmente- ¿Qué haces colgada por aquí, en Navidad?

Sara trató de sonar inocente. –Nada.

Acercándose a ella, Welland golpeó las manos para tener un poco de calor. –Me sorprendí de ver una cabina de policía aquí, supongo-. Probablemente se detenga por una mirada, decidió. No parecía aparecer fuera de ella.

-Oh-dijo Sara dándose cuenta a lo que el policía se estaba refiriendo. Palmeó la TARDIS. -¡Crees que es tuya!

-Bueno, no la mía, exactamente – Welland frotó la ventana con la manga de su abrigo, pero no conseguía ver nada en el interior. –Solo basta decir que nos pertenece. Así que ¿por qué no la dejas donde está y te largas lejos, eh?

-Tengo que arreglarlo- respondió Sara.

-¿Arreglar el qué?

-¿El ojo del escáner?

Welland parpadeó, perplejo: -¿El ojo del escáner?

-Sí – Sara señaló hacia el techo de la cabina, donde la luz se montaba.

Welland asintió. - Normalmente hay graciosillos por aquí en Navidad –observó, intentando parecer severo. –Solo has de largarte, ¿eh?

-No puedo.

-Oh, ¡sí que puedes, señorita! –Welland la fulminó con la mirada- Ya está bien de tu broma. Estoy seguro que tienes una fiesta de la que disfrutar, así que ¿por qué no vas allí ahora?

Sara no podía ser esa línea de pensamiento. –No voy a ir a una fiesta.

-Entonces, ¿qué estás haciendo vestida con semejantes ropajes? –Welland sentía que su lógica era impecable. Un divertido atuendo asomaba bajo su abrigo de piel lo que significaba una fiesta de cualquier tipo. Como el auténtico Sherlock Holmes había deducido eso. – Vete ahora y no habrán problemas.

-Tengo que quedarme aquí.

-Toma mi consejo, señorita, y vete ahora. –Se inclinó y añadió-Si no, tendré que detenerte por vagancia, o alguna cosa similar, y no me gustaría hacerlo. Ya hemos tenido suficientes problemas por esta noche. No me gusta que la gente se cuelgue, pero estamos en Navidades y estamos un poco indulgentes. No queremos hacerte las cosas difíciles.

Era evidente, sin embargo, que intentaría dificultarle las cosas a ella si se quedaba ahí. Sara se encogió de hombros y empezó a alejarse mientras que el asunto no era de su mínimo interés.

Welland la vio marcharse; una muchacha bonita. Metió mano de su memoria para la frase correcta y la llamó: -Que tengas un tiempo oscilante-. Ella saludó con la mano y caminó alrededor de la esquina. Welland se volvió y metió las manos bajo los brazos.- Una chica bonita-musitó, y empezó a patalear los pies para calentarlos.

Un momento después, Sara asomó la cabeza por la esquina. El policía estaba de espaldas a ella. En silencio, se deslizó detrás de la TARDIS y se inclinó muy cautelosamente por la escalera, rezando para que los peldaños no crujiesen y alertar de su regreso. Luego, metió la mano en su bolsillo para el componente de reemplazo y comenzó a trabajar en los circuitos del escáner.

El sargento Ellis miró hacia arriba desde la copia de la Gaceta Policial al joven reemplazo de policía que paseaba de arriba abajo. -¿Por qué no te sientas, muchacho? – preguntó con voz amable-. Haces que el lugar parezca desordenado.

Steven paró a medio paso y casi cayó al suelo. Había leído todos los posters en varias ocasiones, y se quedó mirando la puerta de la oficina del CID durante largo tiempo. Estaba seguro que no iba a pasar nada. O que, si así fuese, se trataría del Doctor, un móvil y una llave fueron lanzados al río más cercano.

Para su sorpresa, la puerta interna de la oficina se abrió y El Doctor salió

imperiosamente fuera.

-¿Está todo bien? – le llamó Steven.

El Doctor hizo una pausa para examinar su joven compañero con su ropa desconocida. – Por supuesto, por supuesto –mintió-. Pero, ¿qué estás haciendo aquí?

Steven le dio cuenta rápidamente que era el otro hombre quien le examinaba con crítica. Por último el Inspector Windsor preguntó: - ¿Quién eres? ¿Conoces a este hombre?

-Sí- contestó Steven rápidamente. Entonces se percató que su acento había cambiado y añadió: - Quiero decir, sí.

El Sargento se apiadó de él, confundiendo su frustrada respuesta debido a los nervios sobre la reunión con el inspector. -Es un alivio, alguacil de la División G, señor -explicó.

-Sí, así es-asintió Steven – Cuidaré de él.

-Bueno si usted le conoce, ¿tal vez pueda decirnos lo que está haciendo en una cabina de policía?

-¿El qué? - Steven trató de sonar sorprendido.

-La cabina de policía que hay cruzando el patio. Dice que vive en ella.

Steven asintió con la cabeza. -La semana pasada era en un buzón – susurró- Nosotros le sorprendimos tratando de enviarse por correo a la División G.

Windsor estaba feliz de ver la espalda del lunático. ¿Por qué siempre han de salir y arruinar sus navidades? Todo lo que quería era una buena ración de plum duff¹ con una cucharada de crema caliente. -Muy bien, sácale de aquí. Y mira si se queda en esa cabina de policía.

Steven se despidió de ellos con un saludo muy meritorio. -De acuerdo, voy a hacerlo.

Vamos, viejo-. Tiró de la manda del Doctor. El Doctor se liberó a sí mismo y se quedó con el semblante altivo. Bajó su voz.

-Menos lo del viejo-siseó-¿Y qué pasa con ese acento gracioso?

-Bueno, todo el mundo lo está haciendo- protestó Steven.

Entonces, El Doctor levantó una ceja en señal de desaprobación y permitió a Steven que lo dirigiese afuera. El Sargento Ellis les seguía deseoso de ver por última vez al anciano. Como todos, entró por la puerta y Welland rompió la postura de alerta por lo que decidió que era mejor estar ocupado. Empezó a buscar alrededor del patio y vio a Sara bajando la escalera de la parte superior de la TARDIS.

-¡Aquí! -dijo cuando la agarró-¿Qué estás haciendo? -se volvió al impotente sargento. -No sé de qué se trata esta cabina policial. Primero este viejo sale de ella y ahora coje una escalera para subirse a ella.

Sara decidió que había sido educada el tiempo justo. -¡Déjame ir! -exigió.

-Está bien -dijo Steven dando un paso adelante para ir en busca del blaster oculto.

1 Típico Pudding navideño.

-To la conozco.

-¿Si? -dijo el Sargento.-Bien, parece conocer algo de los raritos - ¿Quién es ella?

- Es una...-Steven buscó una explicación plausible.-¡Una amiga del viejo!

La conversación no iba a ninguna parte, como Sara veía.

-¡Déjame ir! - volvió a repetir con firmeza tirando de Welland al agarrarla. Los dos policías cambiaron el puesto para controlarla mejor, se giró y lo agarró del brazo y lo lanzó, de repente, por encima de su cabeza en una pila de nieve. Welland se golpeó contra el suelo con un ruido sordo y quedó estirado allí aturdido.

Ellis comenzó a moverse y Sara agarró su brazo estirado, torciéndolo, y siguiendo el mismo camino que Welland. Los dos policías lucharon para recuperar sus pies y someterse a esa gata salvaje inesperada. Estaban a tiempo para ver al viejo, el gato montés y al joven reemplazo de la División G desapareciendo en la cabina de policía. La puerta se cerró de golpe.

Ellis y Welland se levantaron y comenzaron a aporrear la puerta. Mientras lo hacían, la luz de la parte superior de la cabina comenzó a parpadear y toda ella comenzó a desvanecerse con un terrible y sonoro gemido. La escalera que había sido apoyada contra la parte posterior de la cabina cayó inmediatamente sobre sus pies.

Ellis aulló de dolor y lanzó el artilugio en cuestión en un montón de nieve. Luego Welland y él se quedaron mirando el lugar donde había estado la caseta segundos antes. Todo lo que quedaba era un cuadrante negro en el asfalto sin nieve.

El Sargento miró a Welland.-¿Qué vamos a decirle al inspector?

- No lo sé. Sea lo que sea, más vale que sea bueno-. Ambos volvieron su mirada hacia el lugar vacío buscando una inspiración que se negaba a venir.

En algún lugar, a lo lejos, un grupo de coralistas comenzó a cantar el “God Rest You Merry, Gentlemen” ...